

Petras descubre que en Bolivia no se hizo la revolución social.

Mario Toer.

Cita:

Mario Toer (2007). *Petras descubre que en Bolivia no se hizo la revolución social. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/104>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/exXC/8re>

PETRAS DESCUBRE QUE EN BOLIVIA NO SE HIZO LA REVOLUCION SOCIAL ⁱ

Mario Toerⁱⁱ

Profesor Titular UBA

martoer@gmail.com

El profesor de la Universidad de Nueva York, James Petras, ha manifestado en numerosas ocasiones su interés por el acontecer en América Latina. Esta vez se ocupa de Bolivia y, con la puntilliosidad que lo caracteriza, nos explica porqué no ha habido una Revolución Social en este país y, lo que es peor, porqué el gobierno que encabeza Evo Morales no es más que un recurso de la burguesía para desviar a las masas del camino revolucionario y garantizar un mejor desarrollo capitalista, sin tantos sobresaltos.

Si bien de buenas a primeras podría desatenderse el argumento considerándolo un tanto extemporáneo, el haber sido presentado en un congreso de sociología en La Paz, los antecedentes académicos de quien lo sostiene, lo prolijo de su exposición y su vínculo con alas radicalizadas de algunos grupos bolivianos, hace que sea oportuno prestarle atención. Por otra parte, los fundamentos de su tesis se conectan con los que en distintos ámbitos algunas organizaciones, en general de inspiración trotskista, sostienen.

Vayamos entonces a las consideraciones que enuncia el profesor Petras.

Para situarnos, Petras asevera que el entusiasmo con que se ubica al gobierno de Morales en *“la nueva ola izquierdista que estaría barriendo América Latina”* (dicho, suponemos, con ironía) es una trampa en la que caen estudiosos de nota *“como Noam Chomsky, Ignacio Ramonet, Emir Sader, Heinz Dietrich, Marta Harnecker e Immanuel Wallerstein”*, ilustra, siendo lo más llamativo en *“estos eruditos celebrantes del presidente Morales”* (...) *“la ausencia de cualquier tipo de análisis empírico”*.

Veamos entonces lo que la empiria del profesor estadounidense encuentra. Someramente nos dice que Morales no estuvo a la cabeza de ninguno de los alzamientos que terminaron con los gobiernos sucesivos en los últimos años y más bien se dedicó a dar aliento al gobierno de Carlos Mesa *“a pesar de que éste había sido vicepresidente de Sánchez de Lozada”* y después al del *“juez neoliberal del Tribunal Supremo Eduardo Rodríguez como presidente provisional en la carrera a las elecciones presidenciales de diciembre de 2005”*. Por último, y para colmo de inconsecuencias Morales, una vez en la presidencia, en vez de convocar una Asamblea Constituyente según lo exigían los movimientos sociales *“por medio y a través de movimientos populares sociales de masas”* llegó a un acuerdo *“con los desacreditados partidos de la oligarquía”* para que la elección de constituyentes se llevaran a

cabo “en unidades territoriales en las que la maquinaria electoral de los partidos de las élites dominasen la elección” teniendo como resultado “la casi completa marginación de los movimientos sociales” y que los partidos de la oligarquía adquirieran “un virtual derecho de veto sobre la nueva constitución” al obtener que debiesen alcanzarse los dos tercios en los temas cruciales. ¿No estará confundiendo el profesor Petras la Asamblea Constituyente con los Soviets, de su fuente de inspiración? ⁱⁱⁱ

Así las cosas, el candor de tantos intelectuales de nota, su mera sugestión ante el origen étnico del presidente, como nos dice Petras, resultarían evidentes. Pero quizá la pertinacia de los hechos puede arrojar datos que la empiria del profesor Petras ha omitido. Pero a riesgo de que se nos acuse de prescindir de un análisis empírico, aclaremos que en esta ocasión no haremos un pormenorizado análisis de los acontecimientos. Hay buenos recuentos abordados por historiadores y politólogos. Nos limitaremos a intentar establecer un encuadre que permita, al menos, evaluar mejor los sucesos a los que se hace mención. Por otra parte, obviamente, no se nos escapa que Petras también recurre a un cierto encuadre, inspirado en la Revolución de 1917 en Rusia, aunque, a nuestro parecer, sin una adecuada perspectiva de aquellos acontecimientos.

En primer lugar, es importante resaltar, que puede tener sentido imputar inconsecuencia a un protagonista de la historia cuando resulta incontrovertible que los actores sociales se encontraban dispuestos y con posibilidades de producir ciertos acontecimientos trascendentes y la gravitación de algún liderazgo los confunden y aleja esa posibilidad. Lo que encontramos cuando nos adentramos en el acontecer boliviano, es la presencia de activos e indignados movimientos sociales, protagonistas de un reclamo intransigente, que descrea de dirigencias corruptas y péfidas, pero que no ha construido un entramado que suponga suficiente consistencia como para reclamar todo el poder para sí. No faltan quienes lo reclaman, haciéndose eco de viejas consignas, pero por más simpatía que puedan merecer, el contexto de los hechos bolivianos, las enseñanzas de su historia, lo que enseñan el conjunto de los acontecimientos producidos por la lucha de los pueblos en todo el siglo XX en el mundo entero, nos indican que lo que era necesario alcanzar, en este corazón de nuestra América, era un escenario con mejores garantías para avanzar en la construcción de una fuerza política consistente, que realmente exprese las esperanzas de los más necesitados. Esto resulta evidente si, como reclama Petras, atendemos a “*las relaciones estructurales entre las clases gobernantes y el Estado, y los gobiernos elegidos y su base electoral*”. Y por cierto que ir siempre para el frente no es el recurso más inteligente si se quiere evitar una confrontación de la que no hay chances de salir airoso.

En todo el encuadre que lleva adelante Petras se presumen dos datos equivocados. El primero es que los “movimientos sociales” contaban con entidad y consistencia como para ir a fondo con exigencias que abrirían escenarios que dejarían tambaleantes a las clases dominantes. No hay que confundir el vigor y la insistencia de una protesta social con la perspectiva de un horizonte de insurrección triunfante. El segundo error, por cierto en consonancia con el anterior, consiste en suponer que la crisis de la partidocracia boliviana era sinónimo de crisis del sistema de dominación, del

poder en tanto tal. Por cierto que la crisis existe pero está lejos de ser terminal. En caso de un desafío en toda la línea, las oligarquías bolivianas estaban y están en condiciones de concitar un bloque con suficientes recursos como para generar una confrontación en la que, en el mejor de los casos, pierden todos.

De allí que lo más revolucionario que podía hacerse en Bolivia era garantizar un escenario en el que se pudiera comenzar a jugar “otro partido” sin riesgo de expulsión a la primera de cambio. Y eso fue lo que hicieron Evo Morales y el MAS. Hicieron *política*, y consiguieron que distintas variantes de los elencos preexistentes debieran negociar de igual a igual para que ese escenario pudiese construirse. Como muchos saben no fue sencillo. Amparándose en diferencias regionales buena parte del *establishment* se resistió a que este escenario pudiese constituirse, cuestionando incluso las “*unidades territoriales*” a las que Petras alude. En un país, donde la inmensa mayoría de población indígena estaba prácticamente ausente de cuanta instancia con mínimos recursos de poder existen en el aparato estatal y donde las lúgubres matanzas de campesinos y trabajadores jalonan un largo historial, Morales y el MAS obtienen garantías para hacer posible el triunfo electoral, cambiar radicalmente la composición de las instancias de representación y marchar a una constituyente donde son mayoría las fuerzas que respaldan el proyecto del gobierno.

Claro, nada de eso se parece a la insurrección triunfante que se desprende de las aspiraciones tácticas que presupone el profesor Petras. Pero que no quede la menor duda, la guerra civil que se infiere de las propuestas “duras” de James Petras, solo podía conducir a algo que se pareciese a un triunfo popular en una mente alucinada por el realismo mágico del boom literario de los '60 y ya no por “Los Diez Días que Conmovieron al Mundo”.

Produce un poco de pudor exponer ciertas diferencias ante un profesor que entendemos es bastante leído. Lenin siempre insistió que no había que jugar a la insurrección y solo la propone cuando los bolcheviques alcanzan la mayoría de los soviets, poder más que real en los que se encontraban representados los partidos que apoyaban al otro poder, el frágil gobierno provisional, y cuando los representantes de los soldados daban garantías de que los principales destacamentos armados se alinearían junto al pueblo. Y todo eso fue posible tras una perseverante política de alianzas con los campesinos y su partido más representativo, con esa “fórmula algebraica” que cuestionaba y distanciaba a Trotsky, y con “el mismo diablo”, según la conocida frase de Lenin, para enfrentar al enemigo común. Todo en el contexto de años de guerra europea que le quitaba inminencia y ofrecía opciones a la esperada embestida extranjera. Y como corolario, pensando siempre que los nuevos eslabones que se podían sumar estaban maduros para hacerlo y procedían del centro del capitalismo mundial. Empezando, como sabemos, por Alemania. La insurrección que concibieron los bolcheviques en Rusia quería ser el prólogo de la revolución europea y mundial.

Imaginar un bastión insurrecto en el altiplano en nuestro tiempo resulta exasperante sino macabro. Suponer que podría sostenerse o que podría encontrar refuerzos más allá de sus fronteras, más que acotadas, es francamente disparatado. ¿O acaso Petras supone que la insurrección del altiplano sería seguida con prontitud por los trabajadores de San Pablo y

Buenos Aires? ¿O acaso por los de Nueva York?, que Petras debe conocer mejor. Pero no tenemos por qué suponer que Petras confunda a Hillary Clinton con Rosa Luxemburgo.

No es una presunción nuestra el horizonte que ha imaginado el profesor Petras. Él lo señala con todas las letras: *“La historia nos ha mostrado repetidamente que cuando una clase social gobernante se halla amenazada por un movimiento insurreccional cede parte del poder a una oposición electoral que se compromete a operar en el marco de los parámetros institucionales del Estado burgués. Se acepta el acceso al gobierno de líderes populares en la medida en que la nueva clase gobernante controle a las clases peligrosas.”*

Por supuesto que lo que está en discusión no es solo el escenario político boliviano sino toda una concepción de la política y de la lucha de clases en nuestro tiempo, con el consiguiente balance del acontecer del siglo XX. Dicho mal y pronto, ¿no funcionó en Rusia y querés empezar de vuelta en... Bolivia?

Antonio Gramsci, con sus reflexiones sobre las experiencias revolucionarias, la lógica del conflicto social y la dominación en nuestro tiempo, nos facilitó comprender en toda su dimensión que la clase dominante no se afirma solo en las instituciones del Estado sino que se asienta sobre una sociedad civil que supone un entramado complejo. La visión simplista que suponía que el asalto al Estado era el pórtico ineludible para una real revolución, podía tener como referencia a una sociedad frágil, de escasa densidad, como las que existían en la periferia del mundo varias décadas atrás. Hoy ya no deberían quedar dudas que únicamente haciéndose fuertes en las trincheras cruciales de la sociedad civil se puede aspirar a desplazar a una clase dominante. Solamente desde la construcción de una nueva hegemonía una revolución puede cambiar la vida de las mayorías.

Volviendo sobre los aportes de Gramsci y sobre algunos señalamientos de Perry Anderson de 1976, que los refería casi de manera excluyente a occidente, la muy lúcida militante e intelectual italiana Rossana Rossanda dice en un reciente artículo con motivo del 70 aniversario de la muerte del máximo dirigente de los comunistas italianos: *“La verdad es que, con los ojos de 2007, la cuestión se vuelve a plantear en todos sus términos: ninguna revolución socialista se ha dado sin una ruptura política, y en distintos grados, violenta; pero todas las revoluciones llamadas socialistas o comunistas han fracasado, o degenerado, o desplomado, siendo el de la URSS solamente el caso más imponente. De lo cual, contrariamente a Anderson, se puede si acaso deducir que los fragmentos de Gramsci no se referían sólo a Occidente, sino que traducían una preocupación sobre la evolución de la Revolución rusa, en donde no se había dado una previa hegemonía sobre la sociedad civil.”^{iv}*

Pero bueno, sigamos por partes y volvamos a las notas que estamos ponderando. La malicia de Morales y el MAS, según Petras, una vez apartadas las masas del cauce revolucionario, tiene objetivos precisos, que han sido esbozados en más de un lugar: *“los gobernantes étnicos manipulan el simbolismo cultural tradicional con el fin de distraer la atención de la*

colaboración de clase, y mantener o ampliar la dominación imperial de la economía y la concentración de la propiedad de la tierra.

Me permito sugerir que el revival cultural indio-andino constituye un arma ideológica manipulada por Morales y García Linera con el fin de crear la cohesión indio-campesina y conseguir el apoyo a las políticas socioeconómicas que favorecen a las empresas transnacionales, los agroexportadores, los banqueros y la élite de los negocios.”

Nos permitimos señalar a esta altura que el ensueño postmoderno que se fascina por el colorido de las ceremonias aimaras puede ser un atributo de algún o alguna colega del profesor Petras, embrollado en los pliegues del microcosmos de una universidad norteamericana, pero se equivoca si supone que es un rasgo presente en la nómina de intelectuales que él enuncia ni tampoco lo es en prácticamente ningún caso de la intelectualidad latinoamericana comprometida con los nuevos procesos que se están produciendo en la región. La moda aludida por el profesor fue más bien pasajera y se encuentra en franca retirada en los medios académicos latinoamericanos. También puede haber en la región algunos grupos que se movilizan para reivindicar la *diferencia* de los pueblos aborígenes, pero no es el caso del MAS, donde prima la diversidad y como su nombre lo indica, aspira a objetivos que trascienden la reivindicación cultural.

Pero más allá de este recurso desubicado en tiempo y lugar, veamos cual es el cuadro que divisa el profesor Petras a partir de su particular análisis de las medidas tomadas por el gobierno del MAS y las expresiones de sus ideólogos, particularmente las del vicepresidente García Linera.

Para Petras, el plan del MAS gira en torno de los siguientes ejes:

- 1. “una teoría por etapas del cambio político económico*
- 2. una crítica del capitalismo neoliberal encarnado en el modelo de Sánchez de Lozada”*
- 3. “una concepción alternativa de capitalismo normal o capitalismo andino-amazónico (empresas transnacionales más cooperación Estado-agroindustria)”*
- 4. “una alianza estratégica productivista con las empresas transnacionales, las élites agroexportadoras y la burguesía nacional”*
- 5. “una alianza ecléctica con el Brasil de Lula (Petrobras), la Argentina de Kirchner (Repsol), el Chile de Bachelet, la Venezuela de Chávez, la Cuba de Castro, los Estados Unidos de Bush y la UE, y el FMI/Banco Mundial.”*

Textual. Algo así como una versión actualizada del tango *Cambalache*. Y continúa: *“ Las primeras políticas del gobierno de Morales destinadas a garantizar la colaboración de las élites económicas extranjeras y nacionales consistieron en la aplicación de políticas de estabilización ortodoxas, la restricción de las inversiones sociales y públicas, la defensa de los grandes consorcios de propietarios y la desmovilización de la protesta popular. El gobierno consiguió el apoyo de Venezuela, Cuba y los intelectuales progresistas de otros países con una serie de discursos llenos de retórica*

antiimperialista, afirmaciones culturales y diplomacia personal. En el frente nacional, Morales cooptó a los líderes de los movimientos sociales mediante su participación en el gobierno, realizó concesiones mínimas a las demandas económicas locales, consiguió confundir temporalmente a sus masas de base con una retórica de nacionalizaciones y promesas de reforma agraria, a la vez que de conjuración de conspiraciones y complots en momentos puntuales de cuestionamiento popular.”

Según Petras esto es consecuencia de haber recaído en una teoría del desarrollo por *etapas* que pretende arribar a un “capitalismo normal”, tomando distancia del “capitalismo depredador” que habría expresado Sánchez de Lozada.

Por cierto que el plan del gobierno del MAS se sustenta en una evaluación de la relación de fuerzas y pretende alcanzar objetivos que distan de los que Petras sitúa, en un cuadro de políticas comparadas, en la columna que llama “Modelo de movimiento social revolucionario”. Allí se enuncian *“Nacionalización mediante expropiaciones y control de los trabajadores”, “Reforma agraria general, expropiación de tierras productivas fértiles”, “Expropiación de la alta burguesía; regulación de la burguesía media”, “Expropiación de las empresas extranjeras bajo un sistema de gestión de los trabajadores y el Estado”, “Liquidación de la explotación capitalista del trabajo.”* Entre otras cosas.

Y claro. Lo del MAS es más modesto: Nacionalización y renegociación con las empresas energéticas; drásticas actualizaciones de los precios del gas; aumento sustancial de los impuestos para las empresas extranjeras; Reforma agraria de tierras improductivas y públicas, mecanización y respaldo a los campesinos; igualdad cultural de las razas y respeto de las tradiciones indígenas; moralización de las entidades públicas; estrechamiento de los vínculos con Cuba, Venezuela y todos los países que aspiran a una política nacional independiente; políticas de salud y educación que mejoren sensiblemente la situación de los más necesitados.

Sin pretender agotar el listado, digamos que dar pasos sustantivos en esta dirección, se llame como se llame, es revolucionario. Por cierto que se lo concibe como una “etapa”, concepto que espanta a todos los epígonos de “la revolución permanente”, pero toda tarea de construcción de una nueva hegemonía tiene que atender a la posibilidad de consolidar aspectos para que sirvan de plataforma a redefiniciones posteriores. En los tiempos que corren no hay otra manera de hacer política. ¿O acaso la empiria de Petras nos puede mostrar, de un siglo a esta parte, un curso exitoso inspirado en la “revolución permanente”? Porque dicha propuesta existe, tiene voceros diseminados por el mundo con un enunciado exasperantemente similar. También tienen presencia en Bolivia. Y sin embargo las mayorías les dan sistemáticamente la espalda. Jamás han conseguido un triunfo, aunque fuese efímero, pasajero. Pero ni eso, nunca consiguieron que un sector apreciable de “los movimientos sociales” los siguiera en pos de sus propuestas estratégicas. A lo sumo han alentado algunas luchas reivindicativas que a la postre no han supuesto siquiera un modesto repunte electoral que los acerque al 5% de los votantes. ¿Imbecilidad

inducida por la burguesía o sentido de autoconservación de parte de las mayorías? Fuera lo que fuese, si debemos rendirnos ante la elocuencia de los hechos, cosa que cualquier empiria aconseja, tenemos un siglo de enunciados como los del profesor Petras, que transcurren en la más solemne intrascendencia.

Si seguimos atendiendo a *“las relaciones estructurales entre las clases gobernantes y el Estado, y los gobiernos elegidos y su base electoral”*, es conveniente que tomemos alguna distancia de las elucubraciones que se centran exclusivamente en los planes, consecuencias e inconsecuencias de un par de personajes, por importantes que estos sean. Todo el acontecer del movimiento social boliviano nos indica que existe una complementación entre su dinámica y quienes aparecen al frente, actuando como dirección política. Esta confianza, obviamente, es crucial para zanjar los pasos por venir con la consiguiente posibilidad de hacer más favorable la relación de fuerzas al campo popular. De ello dependerá la profundidad de las medidas que se tomen. También, por cierto, los pasos sucesivos habrán de depender de las relaciones de fuerzas que se vayan constituyendo en la región. Asimismo habrá de ayudar, modestamente, que las voces de mal agüero encuentren la respuesta adecuada.

Cuando Petras quiere hacer algunas comparaciones históricas o regionales no se entiende bien que es lo que hace con la “empiria” marxista que reivindica. No hablemos de las menciones que hace de Perón y Vargas, como expresiones más radicalizadas que el actual gobierno boliviano, sin atender a las condiciones de época y las respectivas trayectorias (cuesta encontrar, en todo caso, políticas expropiatorias como las que él reclama en los casos aludidos). Si nos limitamos a la alusión venezolana, donde Chávez alcanza el 63% del electorado y hegemoniza a los cuerpos armados, nos encontramos con un caso donde surge con toda claridad que las medidas que se llevan a cabo son consistentes con una relación de fuerzas significativamente más favorable que la que cuenta Morales en Bolivia.

Porque este es uno de los lugares comunes a los que recurren un buen número de “analistas”, a los que Petras parece sumarse. Y aquí no valen las diferencias por izquierda ni por derecha. No se limitan al “teatro” o escenario, como reprocha Petras, sino que pareciera que el análisis es una cuestión aún más estrecha que habría que dilucidar en un diván. Así, las ubicaciones en el espectro de los diferentes liderazgos, sus compromisos y radicalidades, serían una cuestión subjetiva, casi podría decirse un estado de ánimo de un puñado de dirigentes. No se considera para nada o muy poco que no es lo mismo tener en frente a la burguesía paulista que a la trenza burocrática desplazada de la petrolera venezolana, ni tampoco a la oligarquía de Santa Cruz de la Sierra que a la oligarquía de la pampa húmeda. De allí que resulta ingenuo y primitivo caracterizar los actuales proyectos latinoamericanos haciendo la contabilidad de las hectáreas que han pasado a manos campesinas (que no son demasiadas, en cualquier caso).

El sociólogo chileno Manuel Antonio Garretón, sin hacer ningún alarde de empiria marxista, nos dice en un interesante artículo sobre los procesos que

vienen ocurriendo en el continente que “ hay que descartar para efectos de análisis cualquier distinción entre lo que serían izquierdas correctas e izquierdas equivocadas que no hace sino proyectar para la región la visión e intereses norteamericanos.”^v

Y efectivamente es así, las opciones que se han abierto en América Latina tienen una notable diversidad de orígenes, se inscriben en contextos singularmente distintos, pero se caracterizan por una notable vocación de confluencia, que sus propios líderes se encargan de remarcar en reiterados encuentros. Que después se pueda debatir si se aprovechan o desprecian coyunturas o circunstancias, si se peca por prudencia o por audacia, cabe. Pero en tanto y en cuanto se pretenda aportar a consolidar la convergencia que puede potenciar la vocación transformadora de los protagonistas.

Por cierto que no es el caso del profesor Petras. Siguiendo con sus argumentos nos dice que hay dos “*escuelas de pensamiento*” o maneras de afrontar las coyunturas. Una de ellas afirmaría “*que un gobierno recién elegido debe en primer lugar estabilizar la economía, superar la crisis y reconstruir la estructura productiva a partir del mal estado en que la ha dejado el anterior gobierno reaccionario, antes de proceder a cambios estructurales*”. La otra “*que el gobierno progresista ha sido elegido precisamente debido a la crisis del sistema económico, y que su tarea consiste en cambiar las estructuras económicas con el fin de consolidar el poder mientras la clase capitalista sigue estando todavía desacreditada, desorganizada y en situación de crisis*”.

Por supuesto el argumento prosigue asegurando que en el primer caso solo se brinda tiempo para que las clases dominantes se recompongan y retomen la iniciativa mientras que en el segundo se asegura un curso revolucionario.

Sorprende la simpleza del análisis del profesor. Resulta notable también la confusión de vieja data entre el marxismo y el atenerse meramente a “*la crisis del sistema económico*”. Cualquier dirección política, antes o después de convertirse en gobierno, tiene la responsabilidad de consolidar el vínculo con los intereses que pretende representar y estar dispuesta a dar los pasos que la relación de fuerzas del momento hace posible. No es lo mismo alcanzar el gobierno por el voto popular, contar con una expectativa esperanzada, que encontrarse al frente de una marejada insurreccional en condiciones excepcionales. Consolidarse en el poder “*mientras la clase capitalista sigue en... crisis*” es una fórmula que, como dije antes, extrapola las circunstancias de Octubre de 1917. Nadie se consolida en el poder en nuestro tiempo con algunas medidas radicales en el ámbito de la economía. Es más, podría decirse, que ese puede ser el camino para ser más rápidamente desalojados del poco poder adquirido con la llegada al gobierno. Mattini, el dirigente sobreviviente del PRT argentino decía en una mesa redonda en la que yo participaba: “*Si hoy nos regalaran el gobierno con el programa que teníamos entonces, los militares no necesitarían dar un golpe para desalojarnos. Sería la propia gente la que nos sacaría corriendo*”.

No hay que recurrir a una remanida exposición sobre las interrelaciones de los vínculos económicos en nuestro tiempo. Si Lula no hubiese llevado a cabo medidas de contención con Petrobras, un Estado dentro de un Estado en el contexto latinoamericano, ni las medidas que Petras encuentra tan modestas hubieran podido tener lugar en Bolivia. Y esto, dicho sea de paso, sin entrar a considerar los menguados recursos institucionales con que cuenta el gobierno del PT para gravitar en la compleja escena política brasileña. La construcción de un nuevo bloque histórico en nuestro tiempo, la cimentación de una hegemonía en clave transformadora, no se resuelven ateniéndose a los sencillos modelos dicotómicos que nos expone el profesor Petras. Hacer el aprendizaje, avanzar y retroceder en los momentos apropiados, resulta un arte complejo y difícil. Se parece más a las reglas del Go, el sabio juego chino con sus numerosas fichas que deben asegurar territorios, que a las repentinas movidas del ajedrez. No resulta sencillo pero hay una clave inapelable. Mantenerse en permanente conexión con el sentir y las aspiraciones populares. Se ha visto demasiadas veces que algunos esquemas simplificados que presumen de reglas inapelables, han sido el camino para derrotas o peor aún, la intrascendencia.

La pretensión de construir un partido de los trabajadores, de garantizar la autonomía frente a la burguesía, en la perspectiva de definir un horizonte que no se estaciona en el capitalismo, no puede confundirse con la mera radicalización de las reivindicaciones económicas y la pretensión de tensar siempre el conflicto al máximo, enfrentándose con quienes podrían sumarse, buscando forzar una definición que no se sabe bien en qué termina. La política de quien puede llegar a tener posibilidades de desafiar al orden actual es la que convoca con expectativas de ser protagonista, la que suma para ser visualizada como alternativa posible, es la que pretende instalar un *nuevo príncipe* que tenga capacidad no solo de derrotar a las clases dominantes sino también, lo que es más difícil, construir un nuevo orden. No hay otra modalidad para pesar realmente en la escena política.

La moda de apelar a diferentes clasificaciones de los procesos que se vienen produciendo en la región está muy extendida. La han emprendido académicos de nota desde Europa y Estados Unidos y también algunos *locales*. La más de las veces sin apreciar las circunstancias particulares de cada proceso y por último, quiérase o no, favoreciendo la “visión e intereses norteamericanos”, como nos dice Garretón.

Permítaseme terciar con una propuesta diferente en cuanto a “*escuelas de pensamiento*” presentes en la izquierda latinoamericana, procurando evitar el riesgo antedicho.

Existe una manera de encarar la política que efectivamente se atiene a la permanencia del *status quo*. Son los que se guían por el paradigma de la “gobernabilidad” y hacen ostensible su devoción por los valores “republicanos”. Han pertenecido a las filas de la izquierda y algunos suponen que quieren permanecer en ellas. Les parece excesivo que el movimiento de masas encare formas de lucha que no trascurren como meros ecos del debate parlamentario y pierden de vista que es imposible que en la región donde las desigualdades

son más abusivas, los cambios transcurran sin que las relaciones de fuerza se sientan en las calles y no solo en los comicios.

Una segunda variante es la que se imagina en las antípodas de la anterior, y en la que no voy a abundar porque está muy bien representada por la postura a la que estoy haciendo referencia en estas líneas. Su nostalgia por la visión heroica de las revoluciones triunfantes les impide hacer un estudio pormenorizado de ellas y descubrir las particularidades de su circunstancia y, menos aún, los cursos que siguieron a posteriori. Proclaman la autonomía *clasista* de sus posiciones sin atender a las historias de los protagonistas y las condiciones de época. Parecen por su intransigencia los más consecuentes pero a la hora de medir su incidencia encontramos que resultan intrascendentes. Y a la postre, lo que es peor, favorecen la desmovilización que ocasiona lo extenuante de su retórica. Nada más parecido a aquello del perro del hortelano, ni comen ni dejan comer. Resultan un exponente evidente del “*declive del pensamiento social marxista*” y sus posturas trasuntan con extrema elocuencia sus suposiciones “*ahistóricas y antimaterialistas*”.

La tercera “*escuela de pensamiento*” que creo que se está desplegando en nuestro tiempo, es la que efectivamente lleva a cabo el “análisis concreto de la situación concreta” y por lo tanto es la que con mayor fidelidad recupera lo mejor de las tradiciones revolucionarias del pasado. Ha sintonizado con los movimientos de masas tal cual son y procura sostener propuestas que permitan mantener la iniciativa en las particulares condiciones de la época actual. No se deja cautivar por estados de ánimo pasajeros y se encuentra distante del “todo o nada”, pero no por eso deja de buscar la manera de ir más allá de lo que aconseja la “real politik”. Es consciente que no existen dogmas ni reglas consagradas e intenta construir su fuerza propia atendiendo a la necesidad de aislar al principal enemigo. Descarta la soberbia y pretende aprender de la experiencia y los deseos de las mayorías, valorando en alto grado la necesidad de generar lazos de entendimiento y solidarios por encima de las fronteras para alcanzar densidad y posibilidades de gravitación en el escenario mundial. Sin duda es esta tercera variante la que mejor expresa el aporte a un horizonte transformador en nuestro tiempo.

Si queremos ser consecuentes y no dejarnos enredar por suposiciones “*ahistóricas y antimaterialistas*”, tenemos que reflexionar sobre el legado de las luchas populares en el último siglo y no recurrir a enunciados como si nada hubiera pasado. Creemos que el proceso político que lidera el presidente Evo Morales, es una de las experiencias que en nuestra región se nutren de la *escuela de pensamiento* que hemos enunciado en tercer lugar y es evidente que quienes participan de su dirección comprenden las dimensiones de la tarea que supone consolidar una nueva hegemonía. Por tanto merecen contar con todo nuestro respaldo, mientras el pueblo boliviano no nos indique lo contrario.

Buenos Aires, mayo de 2007

ⁱ Las líneas que siguen son una respuesta a la presentación de James Petras en la Conferencia sobre *Crisis estatales y emergencia revolucionaria*, con ocasión del 4º Congreso Nacional de Sociología de Bolivia (La Paz, 14.4.2007) y que fueran reproducidas en la página web de *Rebelión*.

ⁱⁱ El autor de la presente nota es Profesor Titular de Política Latinoamericana en la Carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

ⁱⁱⁱ Dicho sea de paso, además, el propio Lenin insiste en poner de manifiesto que los *Soviets*, los consejos de obreros, campesinos y soldados que emergen durante la insurgencia en Rusia de 1905 y después en 1917, no son un invento de los bolcheviques u otros sectores sino que son una construcción del movimiento de masas, que seguramente llevaba en su memoria colectiva las muy particulares formas de deliberación asamblearias presentes en el ámbito rural ruso.

^{iv} Il Manifesto; 1º de mayo de 2007

^v Clarín, 22 de abril de 2007